

MONÓLOGOS DE CARÁCTER DRAMÁTICO. PERSONAJES MASCULINOS

HAMLET, William Shakespeare

Acto Primero. Escena Segunda.

HAMLET: Oh, qué esta sólida, demasiado sólida carne, pudiera derretirse, deshacerse y disolverse en rocío! ¡O que no hubiese fijado el Eterno su ley contra el suicidio! ¡Oh, Dios! ¡Qué fastidiosas, rancias, vanas e inútiles me parecen las prácticas todas de este mundo! ¡Vergüenza de ello! ¡Ah! ¡Vergüenza! Es un jardín de malas hierbas sin escardar, que crece para semilla; productos de naturaleza grosera y amarga lo ocupan continuamente... ¡Qué se haya llegado a esto! ¡Sólo dos meses muerto!... ¡No, no tanto; ni dos! ¡Un Rey tan excelente que comparado con éste era lo que Hiperión a un sátiro! ¡Tan afectuoso para con mi madre, que no hubiera permitido que las auras celestiales rozaran con demasiada violencia su rostro! ¡Cielos y tierra! ¿Habrá que recordarlo? ¡Cómo! ¡Ella, que se colgaba de él, como si su ansia de apetitos acrecentara lo que los nutría! Y, sin embargo, al cabo de un mes... ¡No quiero pensar en ello! ¡Fragilidad, tienes nombre de mujer!... ¡Un mes apenas, antes de estropearse los zapatos con que siguió el cuerpo de mi pobre padre como Niobe arrasada en lágrimas; ella, sí, ella misma, ¡oh Dios, una bestia incapaz de raciocinio hubiera sentido un dolor más duradero!, casada con mi tío, con el hermano de mi padre, aunque no más parecido que yo a Hércules!... ¡Al cabo de un mes!... Aún antes que la sal de sus pérfidas lágrimas abandonara el flujo de sus irritados ojos, desposada! ¡Oh, ligereza más que infame, correr con tal premura al tálamo incestuoso. Esto no es bueno, ni puede acabar bien. Pero, ¡rómpete, corazón, pues debo refrenar la lengua!

EL ZOO DE CRISTAL, Tennessee Williams.

Acto Primero. Escena Segunda.

JIM: Me alegra ver que tiene sentido del humor. ¿Usted sabe... que es distinta de todas las muchachas que he conocido? ¿Le molesta que se lo diga? Hablo en serio. Me siento algo así como... ¡No sé cómo decirlo! Generalmente expreso bastante bien las cosas, pero... ¡esto es algo inexplicable! ¿Le dijo alguna vez alguien que era linda? ¡Pues lo es! Y de un modo distinto de todas las demás. Y más linda, precisamente, a causa de la diferencia. Oh, ojalá fuese usted mi hermana. Yo le enseñaría a confiar en sí misma. Uno no tiene porque avergonzarse de ser distinto. Porque los demás no son tan maravillosos. Son centenares de miles. ¡Y usted es única! Ellos caminan por toda la tierra. Y usted, se queda aquí. Son vulgares como... la cizaña, pero... usted... bueno; usted... ¡es Blue Roses!... En todos los sentidos... Sus ojos... su cabello... ¡Sus manos son lindas! Ustedes creerán que lo digo porque ustedes me han invitado a cenar y tengo que ser amable. ¡Oh, podría serlo! Podría decir muchas cosas sin ser sincero. ¡Pero le hablo con sinceridad! He notado que usted tiene ese complejo de inferioridad que le impide sentirse a sus anchas con la gente. Alguien debe infundirle confianza en sí misma... y tornarla orgullosa en vez de tímida y evitar que vuelva la espalda a cada momento y... se sonroje...

TODOS ERAN MIS HIJOS, Arthur Miller.

Acto primero.

CHRIS.- Hace falta tiempo para que eso se vaya. Porque eran simplemente hombres. Por ejemplo, hubo una vez que llovió durante varios días y aquel muchacho se me acercó y me entregó el único par de calcetines secos que tenía. Me los puse en el bolsillo. Es un detalle de nada, si quieres, pero así eran los hombres que mandaba. No morían; se mataban defendiendo a sus compañeros. Eso es exactamente; con un poco más de egoísmo, estarían aquí. Y, al verlos caer, tuve una idea. Todo estaba siendo destruido, ¿sabes?, pero me parecía que se estaba construyendo algo nuevo. Una especie de... responsabilidad. Hombre por hombre. ¿Me comprendes? Mostrar eso, traerlo a la tierra como una especie de monumento que cada cual lo sintiera detrás... Eso supondría para cada cual una diferencia. Y, luego, volví a casa y resultaba increíble. Yo... Bien, aquí aquello no tenía sentido; todo parecía... un simple accidente de autobús. Comencé a trabajar con papá. Era otra vez la carrera de ratas. Me sentí... como tú has dicho... avergonzado en cierto modo. Porque nadie había cambiado. Parecía que convertíamos en unos tontos a una serie de hombres magníficos. Tenía remordimientos de estar vivo, de abrir la libreta de cheques, de conducir el nuevo coche, de contemplar la nueva nevera. Es decir, cabe sacar esas cosas de una guerra, pero, cuando conduces ese coche, tienes que pensar que procede del amor que un hombre puede sentir por su semejante y tienes que ser, precisamente por eso, mejor de lo que eres. De otro modo, lo que posees es simplemente botín y está manchado de sangre. No quería tocar nada de eso. Y en eso, comprendo que estabas incluida tú.

LA VENGANZA DE TAMAR, Tirso de Molina

Acto II

ABSALÓN:

¿Que una razón no le dijo
en señal de sus enojos?
¿Ni un severo mirar de ojos?
Hija es Tamar, si él es hijo.
Mas no importa, que ya elijo
la justa satisfacción
que a mi padre la pasión
de amor ciega, pues no ve.
Con su muerte cumpliré
su justicia y mi ambición.
No es bien que reine en el mundo
quien no reina en su apetito.
En mi dicha y su delito
todo mi derecho fundo.
Hijo soy del rey segundo;
ya por sus culpas primero.
Hablar a mi padre quiero
y del sueño despertarle

con quien ha podido hechizarle
amor siempre lisonjero.

Aquí está, ¿pero qué es esto?

(Tira una cortina, y descubre un bufete, y sobre él una fuente, y en ella una corona de rey)

¿La corona en una fuente
con que ciñe la real frente
mi padre grave y compuesto?

La mesa el plato me ha puesto
que ha tanto que he deseado.

Debo de ser convidado;
si el reinar es tan sabroso
como afirma el ambicioso,
no es de perder tal bocado.

Amón no os ha de gozar
cerco en quien mi dicha encierro,
que sois vos de oro, y fue yerro
el que deshonró a Tamar.

Mi cabeza quiero honrar
con vuestro círculo bello.

Mas rehusaréis el havello,
pues aunque en ella os encumbre,
temblaréis de que os deslumbre
el oro de mi cabello.

(Corónase)

Bien me estáis; vendréisme así
nacida, y no digo mal,
pues nací de sangre real,
y vos nacéis para mí.

¿Os sabré yo merecer? Sí.

¿Y conservaros? También.

¿Quién hay en Jerusalén
que lo estorbe? ¿Amón? Matarlo.

¿Mi padre que ha de vengarlo?
Matar a mi padre.

MONÓLOGOS DE CARÁCTER DRAMÁTICO. PERSONAJES FEMENINOS.

HAMLET, William Shakespeare

Acto Segundo. Escena Primera.

OFELIA: Señor, estaba cosiendo en mi aposento cuando el Príncipe Hamlet se presentó ante mí, con el jubón todo desceñido, descubierta la cabeza, sucias las medias, sin ligas y cayendo sobre el tobillo a modo de grilletes; pálido como su camisa, chocando una con otra sus rodillas y con tan doliente expresión en el semblante como si se hubiera escapado del infierno para contar horrores... Me cogió por la muñeca, apretándome fuertemente, se apartó después a la distancia de su brazo, y con la otra mano puesta así sobre su frente, escudriñó con tanta atención mi rostro como si quisiera retratarlo. Permaneció así largo tiempo, hasta que, sacudiéndome suavemente el brazo y moviendo así tres veces, de arriba abajo, la cabeza, exhaló un suspiro tan profundo y doloroso que parecía deshacerse en pedazos todo su ser y haber llegado al fin de su existencia. Hecho esto, me dejó; y, con la cabeza vuelta a tras, parecía hallar su camino sin valerse de los ojos, pues se alejó por la puerta sin servirse de ellos, y hasta el último instante tuvo su lumbre fija en mí.

ROBERTO ZUCCO, Bernard Marie Koltés.

Escena 13. Ofelia.

HERMANA: ¿Dónde está mi paloma? ¿A qué inmundicia ha sido arrastrada? ¿En qué infame jaula has sido encerrada? ¿Qué animales perversos y viciosos la rodean? Quiero encontrarte, tortolita mía, te buscaré hasta que me muera (Tiempo). El macho es el animal más repugnante entre todos los animales repugnantes que produce la tierra. Hay un olor en el macho que me asquea. A ratas en las cloacas, a cerdos en el cieno, un olor a estanque donde se pudren cadáveres. (Tiempo). El macho es sucio, los hombres no se lavan, deja que la suciedad y los líquidos repugnantes de sus secreciones se acumulen en sus cuerpos, y no los tocan, como si fueran bienes preciados. Los hombres no se huelen entre ellos porque todos tienen el mismo olor. Por eso se relacionan entre ellos, todo el tiempo, y andan con putas, porque las putas aguantan ese olor por dinero. He lavado tanto a esa pequeña. La he bañado tantas veces antes de la cena, y la he bañado por la mañana, le he frotado la espalda y las manos con el cepillo y le he cepillado las uñas por dentro, le he lavado el pelo todos los días, y le he cortado las uñas, la he lavado todos los días de arriba abajo con agua y jabón. La he tenido blanca como una paloma, le he peinado las plumas como a una tortolita. La he protegido y guardado en una jaula siempre limpia para que no manchara su blancura inmaculada en contacto con la suciedad de los machos, para que no se dejara apestar por la peste del olor de los machos. Ha sido su hermano, esa rata entre las ratas, ese cerdo apestoso, ese varón corrompido, el que la ha ensuciado y hundido en el cieno y arrastrado por los cabellos hasta su estercolero. Hubiera debido matarlo, hubiera debido envenenarlo, hubiera debido impedir que rondara la jaula de mi tortolita. Hubiera debido levantar alambradas en torno a la jaula de mi amor... Hubiera debido aplastar a esa rata con el pie y quemarla en la estufa. (Tiempo) Todo está sucio aquí.

¿Cuál pendón de procesión,
con sus borlas y cordón
a tu sombrero chapado?

No hay pies con zapatos nuevos
como agradan tus amores;
eres entre mil mancebos
hornazo en Pascua de Flores
con sus picos y sus huevos.

Pareces en verde prado
toro bravo y rojo echado;
pareces camisa nueva
que entre jazmines se lleva
en azafate dorado.

Pareces cirio pascual
y mazapán de bautismo
con capillo de cendal,
y paréceste a ti mismo,
porque no tienes igual.

MONÓLOGOS DE CARÁCTER CÓMICO. PERSONAJES MASCULINOS.

SUEÑO DE UNA NOCHE VERANO, William Shakespeare.

Acto Tercero. Escena II.

PUCK: Mi señora está enamorada de un monstruo. Mientras cerca de su retiro sagrado y solitario pasaba la hora de su lánguido sueño, ha llegado una compañía de cómicos imbéciles, de groseros artesanos que trabajan para ganarse la vida en las tiendas de Atenas. Venían a ensayar una pieza que debe representarse el día de las bodas del insigne Teseo. El más necio de la estúpida cuadrilla, encargado del papel de Píramo, ha salido de escena y ha entrado en un matorral. Yo he aprovechado el momento para encasquetarle una cabeza de asno. Al tocarle el turno de volver a escena para contestar a Tisbe, mi actor ha salido. Apenas le han visto los demás, cuando han huido, semejantes el ánade silvestre que ha encontrado el ojo del cazador en acecho o a una bandada de chovas rojizas al escuchar la detonación del mosquete, que ora bajan, ora alzan el vuelo, y de pronto se dispersan y hienden los campos del aire con precipitado aleteo. Al ruido de mis pasos, cae de vez en cuando uno por tierra, gritando que lo asesinan y pidiendo socorro a Atenas. En su turbación, sus insensatos terrores se forjaron un enemigo de cada objeto inanimado. Los abrojos y espinas desgarraban sus vestidos: a éste la manga; a aquel el sombrero, que se apresuraban a abandonar. Mientras los cazaba de este modo, había dejado en la escena al lindo Píramo en su metamorfosis, cuando Titania ha despertado y en seguida se ha enamorado de un jumento.

LA PETICIÓN DE MANO.

Escena Segunda.

LOMOV: Brrr... Hace frío... Estoy temblando como ante un examen. Lo principal es decidirse, porque si uno piensa mucho, vacila, habla mucho, y espera su ideal, su verdadero amor, entonces no te casas nunca... Brrr!... ¡Hace frío! Natalia Stepánovna es una excelente ama de casa, no es fea, es instruida... Entonces, ¿Qué más necesito? Sin embargo, de los nervios, ya empiezan a zumbarme los oídos... Pero debo casarme. En primer lugar, ya tengo treinta y cinco años, la edad, por así decirlo, crítica... En segundo lugar, necesito una vida regular y ordenada. Estoy enfermo del corazón, tengo palpitaciones. Soy irascible, y siempre estoy muy irritado... Ahora, por ejemplo, me tiemblan los labios y siento un tic nervioso en la sien derecha. Pero lo que más me horroriza es el sueño; apenas me acuesto en la cama, apenas comienzo a adormecerme, de repente algo en el costado izquierdo... ¡zas! Un tirón; derecho al hombro y a la cabeza... Salto como un loco, paseo un poquito y me acuesto otra vez; pero, ni bien comienzo a adormecerme, en el costado otra vez... ¡zas! Y así como veinte veces...

EL AVARO, Molière.

Acto Cuarto. Escena VII.

HARPAGÓN.- (*Gritando desde el jardín y sin sombrero*)

¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Al criminal! ¡Justicia, justo cielo! ¡Estoy perdido! ¡Asesinado! ¡Me han cortado el cuello! ¡Me han robado mi dinero! ¿Quién habrá podido ser? ¿Dónde habrá ido a parar? ¿Dónde está? ¿Dónde se esconde? ¿Cómo haré para encontrarlo? ¿Adónde ir...? ¿Adónde no ir...? ¿No está ahí? ¿Quién va...? ¡Detente! ¡Devuélveme mi dinero, bandido...! (*A sí mismo, agarrándose el brazo.*) ¡Ah, soy yo! Mi espíritu está trastornado; no sé dónde me encuentro, ni quién soy, ni lo que hago. ¡Ay! ¡Mi pobre dinero! ¡Mi más querido amigo! Al privarme de ti, al arrebatárte me, he perdido mi sostén, mi consuelo, mi alegría; se ha acabado todo para mí, y ya no tengo nada que hacer en el mundo. Sin ti, me es imposible vivir. Se acabó, no puedo más; me muero... Estoy muerto; estoy enterrado... ¿No hay nadie que quiera resucitarme, devolviéndomelo, o diciéndome quién me lo ha robado? ¡Eh! ¿Qué decís? No hay nadie. Quizá el autor del golpe habrá acechado el momento con mucho cuidado, y ha escogido precisamente el momento que yo hablaba con el traidor de mi hijo... Salgamos. Voy a buscar a la justicia, y haré que den tormento a todos los de mi casa; a sirvientas, a criadas, al hijo, a la hija, y, si es preciso, también a mí. ¡Cuánta gente reunida! No pongo la vista en nadie que no despierte mis sospechas, y todos me parecen el ladrón. ¡Eh! ¿De qué se habla ahí? ¿Del que me ha robado? ¿Qué ruido hacen arriba? ¿Está ahí el ladrón? Por favor, si alguien sabe noticias de mi ladrón, suplico que me informen. ¿No está escondido entre vosotros? Todos me miran y se ríen. Ya veréis como tomaron parte, a no dudarlo, en el robo de que he sido víctima. ¡A mí comisario, alguaciles, prebostes, jueces, tormentos, horcas, verdugos...! Quiero colgar a todo el mundo, y si no encuentro mi dinero, me ahorcaré yo después...

NINETTE Y UN SEÑOR DE MURCIA, Miguel Miura

Acto II.

ANDRÉS.- ¿Amaba yo a Ninette o no la amaba? Mejor dicho, ¿lo estaba pasando bien con ella, o no? Hay que reconocer que si con ella no lo estaba pasando bien es que decididamente era tonto, ya que el sueño de toda mi vida se estaba realizando punto por punto. ¿Por qué, entonces, estaba yo de tan mal humos? ¿Acaso porque este plan no se lo podía contar a nadie, o tal vez, porque no podía salir a la calle y ver París? Indudablemente este asunto de las mujeres es muy complicado y resulta que cuando uno analiza su caso y está convencido de que, científicamente, lo está pasando la mar de bien, la verdad es que no lo está uno pasando tan bien como parece y que toda esta aventura me estaba ya hartando. Y, sin embargo, cuando Ninette salió y desde la ventana vi cómo se reunía con René y después de cambiar unas palabras cruzaba la calle y se metían en el bar de enfrente, me quedé un poco triste. Y me entristecí mucho más cuando pasaron diez minutos y después quince, y después veinte y ninguno de los dos salían de aquel endemoniado café, del que llegaba a mis oídos una musiquilla de acordeón. O sea, que cuando ella estaba conmigo, me sentía atado y nervioso. Pero ahora que se había marchado con su antiguo novio, no sólo la echaba de menos, sino que tenía unos celos espantosos. Y en este estado de ánimo, más bien confuso, fue cuando se le ocurrió venir a mi amigo Armando, tan oportuno como siempre. Y que además me empezó a hablar en un tono que no me gustó nada. Así es, que habían llamado a la puerta, y que yo fui a abrir.

MONÓLOGOS DE CARÁCTER CÓMICO. PERSONAJES FEMENINOS.

SUEÑO DE UNA NOCHE VERANO, William Shakespeare.

Acto Tercero. Escena II.

ELENA: ¡Mirad: ella también es de la conspiración! Ahora veo que se han entendido los tres para organizar contra mí ese pasatiempo cruel. Ultrajante Hermia, amiga ingrata, ¿has tramado tú, has preparado esta escena de irrisión infame para atormentarme? ¿Has olvidado acaso nuestra intimidad, nuestro cariño fraternal, las horas tan dulces que pasamos las dos juntas cuando acusábamos el tiempo de ágiles pies porque adelantaba demasiado el momento en que debíamos separarnos? ¡Oh! Todo eso está olvidado, todo: la amistad de la infancia, la inocencia de la juventud. ¡Cuántas veces, Hermia, rivalizando con los activos genios tejimos ambas con nuestras agujas una misma flor, trabajando ante el mismo modelo, sentadas en un mismo almohadón, cantando la misma canción en el mismo tono, cómo si nuestras manos, nuestros corazones, nuestras voces y nuestras almas hubiesen estado incorporadas! Así crecimos juntas, semejantes a dos cerezas mellizas, que se diría que están separadas, pero que un lazo común las une; dos simpáticas frutas modeladas sobre el mismo tallo. Así es como, con dos cuerpos visibles, no teníamos más que un solo corazón, lo mismo que en un blasón se ven dos cuarteles iguales, perteneciendo al mismo escudo y coronados con una sola cimera. ¿Y rompes el lazo de nuestro antiguo cariño y te unes a esos hombres para insultar a tú pobre amiga? Eso no es proceder como una amiga ni como una joven. No se dirige a mí sola esta injuria, sino a todo nuestro sexo, por más que la sufra yo sola.

ELOISA ESTÁ DEBAJO DE UN ALMENDRO, Enrique Jardiel Poncela.

Prólogo.

MARIANA: No siempre, ¿sabes?; pero a ratos hay algo en él, en sus ojos, en su gesto, en sus palabras y en sus silencios, hay algo en él, ¿no lo has notado?, inexplicable, oscuro, tenebroso. Su actitud entonces conmigo, la manera de mirarme y de tratarme, las cosas que me dice y el modo de decírmelas, aunque no me hable de amor, todo ello no puede definirse, pero es terrible, y me atrae y me fascina. En estos momentos siento que hemos venido al mundo para unirnos y que ya hemos estado unidos antes de ahora. Pero esto no significa que existe en mí algo anormal; ¿acaso soy yo la única muchacha a quién le fascina y le atrae lo misterioso y lo que no puede explicarse? Y, en otras ocasiones, que, por desgracia, son las más frecuentes, él reacciona, como alarmado y arrepentido de haber descubierto quizá el verdadero fondo de su alma: sus ojos miran como los de todo el mundo, sus gestos y sus palabras son los gestos y las palabras de cualquiera y sus silencios están vacíos; se transforma en un hombre corriente; pierde todo encanto; bromea y ríe; se recubre de esa capa insulsa, hueca, irresistible que la gente llama simpatía personal... Y entonces siento que uno y otro no tenemos nada de común, y me molesta que me hable, y si me habla de amor me crispa, y no puedo soportar su presencia y estoy deseando perderle de vista, porque entonces me repele y me repugna, ¡y te detesto!

LA DAMA DUENDE, Calderón de la Barca.

Acto III.

D^a ÁNGELA:

Escucha, atiende.

Llamó don Luis turbado,

entró atrevido, reportóse osado,

Prevínose prudente,

pensó discreto y resistió valiente;

miró la casa ciego,

recorrióla advertido, te halló y luego

ruido de cuchilladas

habló, siendo las lenguas las espadas.

Yo, viendo que era fuerza

que dos hombres cerrados, por fiereza,

no acaben de otra suerte

que con solo una vida y una muerte,

sin ser vida ni alma,

mi casa dejo y a la oscura calma

de la tiniebla fría,

pálida imagen de la dicha mía,

a caminar empiezo;

aquí yerro, allí caigo, aquí tropiezo.

Estaba a sus umbrales

(¡cómo eslabona el cielo nuestros males!)

Don Juan, don Juan mi hermano...

(ya definiendo el decir mi nombre en vano)

él a la luz escasa

con que la luna mansamente abrasa,

pensó que era su dama,

y llegó mariposa de su llama,

para abrazarse en ella,
Y hallóme a mí, por sombra de su estrella.
Quiso hablarme y no pudo;
que siempre ha sido el sentimiento mudo.
Yo responderle intento,
(mas ya he dicho que es mudo el sentimiento)
y aunque quise, no pude;
que mal al miedo la razón acude.
“Ven,-dijo-, hermana fiera,
tú has sido en nuestro honor mancha primera;
dejarrete encerrada
donde segura estés y retirada,
hasta que cuerdo y sabio
de la ocasión me informe de mi agravio.”
Entré donde los cielos
mejoraron, al verte, mis desvelos.
Por haberte querido,
sombra fingida de mi casa he sido;
por haberte estimado,
sepulcro vivo fui de mi cuidado.
Mi dicha fue el quererte,
mi fin amarte, mi temor perderte,
mi deseo servirte,
y mi llanto, señor, el persuadirte
que mi daño repares,
que me valgas, me ayudes y me ampaes.

LA POSADERA, Carlo Goldoni

Acto I, escena IX

MIRANDOLINA SOLA:

¡Uy, pero qué es lo que ha dicho! ¿El señor marqués de la Tacañería se casaría conmigo? Pues si quisiera hacerlo, habría un pequeño problema: yo no querría. Me gustan las nueces, pero no el ruido. Si me hubiera casado con todos los que me han dicho que me querían, ¡anda que no tendría yo maridos! Todos los que llegan a la posada se enamoran de mí, todos me cortejan; y muchos hasta me piden que me case con ellos. ¿Y ese caballero, más rudo que un oso, me trata a baquetazos? Es el primer forastero que llega a mi posada y al que no le gusta tratar conmigo. No digo que todos, de repente, tengan que enamorarse, pero despreciarme así es algo que me subleva. ¿Es enemigo de las mujeres? ¿No las puede ni ver? ¡Pobre loco! No habrá dado aún con la que sabe lo que hay hacer. Pero la encontrará. La encontrará. ¿Y quién sabe si no la ha encontrado ya? Ese es el tipo de hombre con el que yo me pico. Los que me persiguen me aburren enseguida. La nobleza no va conmigo. La riqueza la estimo y no la estimo. Lo que de verdad me gusta es ser cortejada, requebrada, adorada. Esa es mi debilidad, y esa es la debilidad de casi todas las mujeres. En casarme no pienso siquiera; vivo honradamente y disfruto de mi libertad. Trato con todos y no me enamoro de nadie. Lo que quiero es burlarme de todos esos esperpentos de amantes atormentados; y quiero valerme de todas mis mañas para vencer, abatir y turbar esos corazones bárbaros y duros que son enemigos nuestros, que somos la cosa mejor que en el mundo ha creado la hermosa madre naturaleza.

POEMAS

RIMA XXIV , Gustavo Adolfo Bécquer

Las ropas desceñidas,
desnudas las espadas,
en el dintel de oro de la puerta
dos ángeles velaban.

Me aproximé a los hierros
que defienden la entrada,
y de las dobles rejas en el fondo
la vi confusa y blanca.

La vi como la imagen
que en el ensueño pasa,
como un rayo de luz tenue y difuso
que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente
deseo llena el alma;
como atrae un abismo, aquel misterio
hacia sí me arrastraba.

Mas ¡ay!, que de los ángeles
parecían decirme las miradas:
--El umbral de esta puerta
sólo Dios la traspasa.

SONETO III, Garcilaso de la Vega

La mar en medio y tierras he dejado
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
y yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.
Ya de volver estoy desconfiado;
pienso remedios en mi fantasía,
y el que más cierto espero es aquel día
que acabará la vida y el cuidado.
De cualquier mal pudiera socorrerme
con veros yo, señora, o esperallo,
si esperallo pudiera sin perdello;
mas de no veros ya para valerme,
si no es morir, ningún remedio hallo,
y si éste lo es, tampoco podré habello.

LA VOZ A TI DEBIDA, Pedro Salinas.

Lo que eres
me distrae de lo que dices.

Lanzas palabras veloces,
empavesadas de risas,
invitándome
a ir a donde ellas me lleven.

No te atiendo, no las sigo;
estoy mirando
los labios donde nacieron.

Miras de pronto a lo lejos,
clavas la mirada allí,
no sé en qué, y se te dispara,
a buscarlo ya tú alma
afilada, de saeta.

Yo no miro adonde miras
ya te estoy viendo mirar.
Y cuando deseas algo
no pienso en lo que tu quieres
ni lo envidio; es lo de menos.

Lo quieres hoy, lo deseas,
mañana lo olvidarás.